de alianza y su perfecto amigo: Oh Jesus, mi Señor, *mi muy bueno y muy querido hermano, vos que sois bello y amable sobre el amor de todas las criaturas, os amo con un amor tan grande, tan ardiente, tan entero, como la madre más tierna ama á su hijo único.* (1) ¡Oh! cuán poderoso motivo es esta cualidad de hermano para honrarlo, servirlo, vivir y morir por él! Cuando Santo Thomas de Cantórbery se preparaba para el martirio por medio de austeridades muy grandes, Nuestro Señor se le apareció un día, mientras daba gracias después de la santa Misa, y le dijo: Tomás, tu honrarás mi Iglesia con tu sangre. El santo, todo asustado, le pregunta: "¿Quién sois vos, Señor?" "Yo soy Jesu-Cristo, le respondió, tu hermano y tu Salvador." (2) Nuestro Señor se servía de estas palabras amables para inflamar su amor, y darle aun más valor para sufrir por él. El mismo Señor tocando en la puerta de la Esposa, tiene el mismo lenguaje con ella en los cánticos: *Abridme, hermana mía, mi muy amada, mi paloma, mi inmaculada.* (3) Gregorio de Nisa dice, que toma estos bellos nombres como cuatro llaves de oro muy propias para abrir el corazón de la Esposa, entrar ahí, y hacerse dueño de sus afectos.

1 Frater mi Jonathas! decore nimis et amabilis super amorem mulierum, sicut mater unicum amat filium, ita ego te diligebam II. Reg. I. 26.
2 Surius, 29 decemb.
3 Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba mea, inmaculata mea. Cant. V. 2.

CAPITULO UNDECIMO.

Sexto motivo de amor.

Los sufrimientos y la muerte de Jesu-Cristo.

SECCION PRIMERA.

I. Los sufrimientos son la prueba más grande de amor.—II. Circunstancias de los dolores de Nuestro Señor.—III. Bajeza é indignidad del hombre.

I. Entre todos los motivos que pueden inclinar nuestros corazones al amor de Jesu-Cristo, uno de los más poderosos es la consideración de los sufrimientos terribles que este noble Hijo de Dios, este divino Esposo, este hermano tan lleno de bondad, ha querido sufrir por nosotros, puesto que la prueba más cierta que puede darse á alguno de su amor, es sufrir por él, porque es el sacrificio más grande que se puede esperar de un amigo. Jesu-Cristo mismo nos lo ha enseñado por sus palabras y por su ejemplo: *Nadie, dice él, puede dar á sus amigos pruebas mejores de su afecto como la de morir por ellos.* (1) Esto es lo que hace decir á San Bernardo: "Los beneficios de la creación, de

1 Majorem hanc dilectionem nemo habet, quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. XV, 13.

la conservación y otros mil que Nuestro Señor me ha concedido, y me hace todos los días, son motivos muy grandes que me llevan á amarlo; mas hay uno que excede á todos los demás, que me mueve, que me estrecha, que me inflama, beneficio que os hace infinitamente más amable á mis ojos, oh buen Jesús! es este cáliz de amargura que habeis bebido, esta obra de la Redención que habeis acabado; ved aquí lo que encadena para siempre nuestros corazones. Este beneficio soberano, este incomparable testimonio de vuestro amor es lo que atraé más dulcemente nuestro afecto, que lo pide más justamente, que más estrechamente lo intima, que lo mueve más poderosamente." (1) El santo da la razón de esto en pocas palabras: "Porque es lo que ha costado más rudos trabajos al Salvador." (2) Para crearme no ha dicho sino una palabra, tan fácil así le era la cosa; pero para repararme después de que, por mi pecado, hube quebrado y hecho pedazos su imagen, le ha costado muy caro. ¿Quereis saber qué precio ha pagado? dice en otro lugar el mismo santo: "De Señor, se ha hecho esclavo; de rico, pobre; de feliz, miserable. Ha revestido su divinidad con nuestra carne, y cubierto su majestad con nuestra bajeza, su poder con nuestra debilidad; de hijo de Dios que era, no ha temido hacerse hijo del hombre. Así, acordaos

1 Sed est quod me plús movet, plus urget, plus accendit; super omnia, inquam, reddit amabilem te mihi, Jesu bone! calix quem bibisti, opus sontræ Redemptionis, hoc omnino amorem nostrum facilê vindicat totum sibi, hoc, inquam, est quod nostram devotionem et blandius allicit et justiûs exigit, arctius stringit, et afficit vehementius. S. Bern., Serm. 20, in Cant.

2 Mltùm quinppe laboravit in eo Salvator. Ibid.

que si fuísteis creado de nada, no habeis sido rescatado con nada. Seis días han bastado á Dios para hacer salir de la nada al universo y al hombre, que es la más noble de sus obras; pero ha tenido á bien querer pasar treinta y tres años sobre la tierra, trabajando y sufriendo por vuestra salud. Oh! cuántas penas y angustias ha sufrido. (1) "El se ha anonadado hasta á la carne, á la muerte, y á la muerte de la cruz. ¿Quál es el espíritu bastante penetrante para poder comprender, la lengua bastante elocuente para representarnos el esfuerzo prodigioso de humildad, de amor y de benevolencia por el cual el Dios de gloria se ha revestido de nuestra carne, ha sido condenado á la muerte, y clavado en la cruz por los verdugos? ¡Qué exceso de dolor para salvar al hombre! (2) Ha sufrido los trabajos más penosos y los sufrimientos mayores, á fin de obligar al hombre á amarlo mucho; y puesto que la facilidad de su creación había hecho al hombre menos apreciador y menos reconocido, ha querido que fuera inclinado á grandes sentimientos de reconocimiento y de amor por la dificultad de la redención." (3) Por

1 De Domino servus, de divite pauper, caro de verbo; et de Dei filio hominis filius fieri non despexit. Memento jam te, et si de nihilo factum, non tamen de nihilo redemptum. Sex diebus condidit omnia et te inter omnia, at vero per todos triginta annos operatus est salutem tuam in medio terræ. Oh cuantùm laboravit sustinens. Id., Serm. 11, in Cant.

2 Semetipsum exinanivit usquè ad carnem, ad mortem, ad crucem; quis dignè penset quantæ fuerit humilitatis, mansuetudinis, dignationis Dominum majestatis carne indui, mulctari morte, turpari cruce? Id. ibid.

3 Et multùm fatigacionis assumpsit, quò multæ dilectionis hominem debitorem teneret, commoneretque, gratiarum actionis difficultas redemptionis, quem minus esse devotum fecerat conditionis facilitas. Id. ibid.

esto, este mismo Señor quizo que su corazón hubiera sido abierto por una lanza, cuando todavía estaba sobre la cruz, para mostrar á los hombres, por este lugar exterior, cuán ardiente estaba su corazón, y para herirlos con los más inflamados dardos de amor. Quiso recibir esta herida, la última de todas, y después de su muerte, para dar á entender que todos los trabajos de su vida y todos los dolores de su muerte, tenían por fin excitar el amor, quería mostrar á los hombres cuál era el suyo y atraer los corazones. Las cuatro dimensiones de largo, ancho, alto y profundo, de que habla San Pablo á los de Efeso, se refieren, según el sentir de muchos santos Padres, a esta caridad que Nuestro Señor nos ha demostrado en su pasión y su muerte: caridad tan grande y excesiva, que el Apóstol dice que *excede todo cuanto los espíritus criados pueden comprender;* (1) por esto ha querido ser extendido sobre el arbol de la cruz, como para abrazar las cuatro partes del mundo. "Nuestro Señor Jesu-Cristo, dice San Agustín, ha mostrado el ardor y la inmensidad de su caridad sobre la cruz, cuando tirada sobre la tierra lo clavaron en ella, y volteándola sobre él, según unos contemplativos, para remachar las puntas de los clavos, elevando su cabeza hácia el oriente, bajando sus piés hacia el occidente y estendiendo sus manos al septentrión y al mediodía." (2) Quería así, por todos los males que sufría en su cuerpo y

1 Supereminentem scientiæ caritatem. Eph., III. 19.

2 Significavit hanc caritatis suae amplitudtnem Dominus Jesus in cruce, caput ad orientem erigens, pedes ad occidentem submittens, manus ad aquilonem et austrum extendens. S. Aug. Ser. 3, de aun Dom.

en su alma, manifestar á todos los hombres, que habitan la tierra, el exceso del amor que tenía por ellos y el deseo que tenía de ser amado de ellos.

II. Mas lo que todavía nos hará comprender mejor la profundidad del amor del Hijo de Dios por nosotros, y la obligación que tenemos de amarle, es la consideración de algunas circunstancias de sus sufrimientos: 1.° la excelencia de su persona, que, siendo infinita, da un precio infinito á todo lo que pasó en su pasión. Si un hombre de baja condición sufre por alguno, merece su amor, puesto que le da una muestra infalible del suyo; expone su vida; aunque sea esta la vida de una persona, que no goza de consideración alguna en el mundo, sin embargo, como que es el mayor bien natural que posee, que nada tiene más caro, y que le da la mayor y más cierta prenda de su afecto, merece de su parte un afecto recíproco. Mas cuando el criador del cielo y de la tierra, el Hijo único de Dios, Jesu-Cristo nuestro soberano Señor, en cuya comparación la vida de todos los ángeles, de todos los hombres y de todas las criaturas juntas, es infinitamente, menos importante que la vida de un mosquito comparada á la de todos los monarcas, puesto que es la vida de un hombre Dios, y por consiguiente una vida de un mérito, de un valor y de una dignidad absolutamente infinitas; cuando digo, el Hijo de Dios se digna sufrir y dar su vida por nosotros, ¿qué profundidad de amor no nos descubre en este misterio? ¿No nos persuade con dulce y admirable fuerza á amarle, si no queremos pagar este beneficio por la más monstruosa ingratitud? Si Dios hubiera enviado á un serafín, ó bien á un angel del último orden, para hacerse hombre y morir por no-

sotros, esto hubiera sido, sin duda, una maravilla muy grande y un beneficio inestimable; más cuando viene él mismo, ¿qué podremos decir de una gracia tan extraordinaria, y con qué sentimientos de admiración y de amor no debemos recibirlo? Cuenta la Escritura Santa que el santo hombre Tobías, (1) al saber que aquél que había conducido á su hijo en su viaje, era un angel, se postró en compañía de su hijo con el rostro contra la tierra y así permaneció durante tres horas, tan grande así era la admiración de que se sintieron poseídos á la vista de un beneficio tan señalado. ¿Qué hubieran hecho pues, y de qué sentimientos se hubieran penetrado, si Dios en persona se hubiera dignado acompañar, conducir y volver a traer al joven Tobías? La admiración hubiera llegado á ser infinitamente mas grande aún, si Dios mismo hubiera querido sufrir todo lo que la crueldad de los hombres pudiera inventar, y aun perder la vida para conducir felizmente á este hijo.

Y ciertamente, podemos creer con razón que, si fueron poseídos de admiracion porque un angel les había prestado ese servicio, su admiración hubiera sido mucho más grande si este angel hubiera sido obligado por eso, á ser entregado á los verdugos, azotado con varas, cubierto de ultrajes y llevado cruelmente á la muerte. Mas, ¿qué sería por consiguiente, si éste hubiera sido el Señor de los ángeles? Y, ¿puede uno acaso figurarse un espectáculo más admirable que este? espectaculo que sería durante toda la eternidad el objeto de la admiración, del amor y de las alabanzas de los ángeles y de los hombres? Un Dios atado, sujetado, azotado, coronado de espinas, cubierto de salivas; aquel á quien los ángeles contemplan en el seno de su Padre, sentado sobre el trono de su gloria, infinitamente elevado sobre todo cuanto es posible imaginarse de más grande, ser atado ignominiosamente en un patíbulo, en medio de dos infames ladrones? Ante este espectáculo nuestros corazones deben ablandarse y derretirse. Viendo los amigos de Job á este santo hombre caído de la fortuna más floreciente en un abismo de miserias, sentado en un muladar, limpiando con un guijarro las úlceras de que estaba cubierto su cuerpo, de tal modo se enternecieron y se espantaron de este extraño espectáculo, que permanecieron siete días y siete noches viéndolo, sin poder dirigirle una sola palabra. (1) ¿Con qué ternura y con qué profunda admiración debemos en consecuencia considerar á este Dios de toda majestad, á este Señor absoluto del universo, con el cuerpo quebrantado, desgarrado á golpes de azotes, agobiado de dolor, clavado ignominiosamente en un patíbulo, ¡y todo esto por amor á nosotros! Yo no me admiro ahora más de que Moisés al conocer este misterio sobre la santa montaña, exclamó, todo arrebatado y fuera de sí mismo: "Oh Dios infinitamente misericordioso, lleno de bondad y de paciencia! ¡Oh Dios lleno de piedad!" (2) sin poder proferir otra palabra para publicar esta misericordia infinita, y este amor incomprensible que le acababa de ser representado.

1 Tob. XII, 22.

1 Job. II, 13.
2 Exod. XXXIV, 6.

III. La segunda circunstancia que debemos notar es la cualidad de las personas por quienes sufre. Son los hombres, es decir criaturas muy viles, de las que nada tenía que esperar ni que temer, y que aun eran sus enemigos. Se ha visto á padres morir por sus hijos, á hijos por sus padres, esposos por sus esposas, esposas por sus esposos, parientes por parientes, amigos por sus amigos; pero morir por sus enemigos, morir con una muerte tan infame y tan dolorosa, como lo era el suplicio de la cruz entre los Judíos, esto es lo que jamás se ha visto sino en el Hijo de Dios, *que ha hecho ver*, como dice San Pablo, *el amor ardiente que nos tiene muriendo por nosotros*, aun cuando éramos aún todavía pecadores y sus enemigos; (1) y que ha llevado su ternura hasta el punto de llamarnos sus amigos, aun cuando fuéramos sus enemigos declarados. Mis amigos, dice él, por boca de David, *se han levantado y armado contra mí*; (2) lo que, según la interpretación de San Agustín y de San Crisostomo, (3) se aplica á la queja que Nuestro Señor hace á los Judíos que lo persiguieron y condenaron á muerte. Y cuando Jesu-Cristo mismo decía *que ninguno podía dar mayor prueba de amor á sus amigos que sufrir por ellos la muerte*, hablaba de los hombres por los cuales quería morir. Cuando Judas, el más malo de sus enemigos, fué á buscarlo en el jardín de los Oli-

1 Commendat charitatem suam in nobis, quoniàm cùm adhuc peccatores essemus, secundùm tempus Cristus pro nobis mortuus est. Rom. V. 8.
2 Amici mei, et proximi mei, appropinquaverunt adversùm me, et steterunt. Ps., XXXVII, 12.
3 Aug. ib, Chrigs. Hom. in. Psalm. XXXVII.

vos para entregarlo en manos de los soldados, lo recibió con estas palabras, que hubieran podido ablandar á este tígre: *Amigo mio ¿á qué has venido?* (1) Lo cual muestra que él llama, amigos suyos á Judas y á todos los hombres: amigos, como dice Santo Tomás después de San Crisóstomo, no porque él era amado de ellos, sino porque ellos eran amados de él. (2) Y en efecto, ¿cómo hubiera podido él llamarlos sus enemigos, pues que, para procurarles la vida eterna, y asociarlos á la participación de su reino y de sus bienes, había resuelto sufrir tantos males y aun la muerte misma de la cruz.

1 Amice, ad quid venisti? Math. XXVI. 60.
2 Licet non essent amici, quasi amantes, erant tamen amici ut amati. S. Thom. in Joan., XV. S. Chrysot. loco. citato.

SECCION SEGUNDA.

Otras dos circunstancias notables de los sufrimientos de Nuestro Señor.

I. Su multitud y su grandeza.—II. Sufrimientos del alma y del cuerpo.—III. Su duración.—VI. Delicadeza de la complexión de Nuestro Señor.—V. El amor extremo con el cual él ha sufrido.

I. La primer circunstancia es la multitud de sus dolores, que han sido tales, que el profeta Isaías llama á Nuestro Señor *un hombre de dolores*; (1) y que dice en otro lugar: *desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza, no hay una parte que no esté desgarrada.* (2) También el mismo Salvador exclama por boca del profeta Jeremías: *¡Oh! vosotros todos que pasais por el camino considerad y ved si hay dolor semejante al mío.*(3)

II. Santo Tomás, hablando de este asunto, nos enseña que los males de Nuestro Señor han excedido á todos cuantos los hombres pueden sufrir en esta vida. La razón se toma de la generalidad puesto que él ha sufrido en su cuerpo, y en su alma, en todos los miembros y todos los sentidos

1 Virum dolorum. cap. LV, 3.

2 A planta pedis usquè ad verticem non est in eo sanitas. cap. I. 6.

3 Oh vos homnes qui transitis per viam, attendite, et videte, si est dolor sicut dolor meus. Thren., I. 12.

de su cuerpo, y en todas las potencias de su alma, en su interior y exteriormente. Por esto él mismo compara sus sufrimientos, al hablar de ellos con sus discípulos, ya el bautismo, ya el cáliz: el bautismo significa los males del cuerpo, puesto que está destinado á purificar exteriormente; el cáliz figura los del alma, puesto que el licor está destinado al interior. Ha sufrido exteriormente por parte de los bienes; porque, sin hablar de la pobreza de su nacimiento, de su huida, de su permanencia en Egipto y de las miserias de toda su vida; en el tiempo de su pasión, fué despojado de sus vestidos por los soldados, que se los repartieron entre sí, y clavado en el patíbulo. Ha sufrido en su honor y en su reputación, pues que ha sido cargado de oprobios, llamado blasfemador, sedicioso, glotón y poseído del demonio; en su sabiduría divina, puesto que ha sido mirado como un ignorante; un impostor y un insensato; en su poder, puesto que atribuían sus milagros a la intervención del demonio; en sus discípulos, uno de los cuales lo traicionó y lo vendió; el primero de todos lo negó, y todos los demás lo abandonaron. Sufrió de parte de toda clase de personas, de reyes, de gobernadores, de jueces, de cortesanos, de soldados, de pontífices, de sacerdotes, de gentes instruidas, de levitas, de seglares, de judíos, de hombres y de mujeres; y generalmente de todos; su santa Madre aun le fué un gran aumento de afliccion, cuando la vió al pié de la cruz, presente á su muerte, y anegada en un oceano de amargura.

El ha sufrido además en todos los miembros de su cuerpo sagrado: su cabeza fué coronada de es-

pinas, su rostro cubierto de salivas; su barba y sus cabellos fueron arrancados, sus mejillas amoratadas por las bofetadas, su cuello y sus brazos apretados en los lazos, sus espaldas agobiadas bajo el peso de la cruz, sus piés y sus manos atravesadas de clavos, su costado abierto por una lanza, y todo su cuerpo desgarrado sin piedad por 5.000 azotes y según San Bernardo: seis mil seiscientos sesenta y seis. Todos sus sentidos fueron también lavados por este bautismo de dolor: sus ojos fueron ofendidos por los gestos llenos de desprecio que le hacían sus enemigos, por las lágrimas y desolación de sus amigos; sus orejas, por los falsos testimonios, las calumnias, las horribles blasfemias que esas bocas impuras bomitaban contra él; su olfato, por la infecta podredumbre que exhalaban los cadáveres del Calvario; su gusto, por una sed ardiente, que no fué aliviada sino por la hiel y vinagre; el tacto, por los dolores excesivos que le hicieron sufrir los azotes, las espinas y los clavos. Su muy santa alma fué atormentada horriblemente por la vista de los pecados de todos los hombres, que él miraba como otros tantos ultrajes hechos á Dios su Padre, por los cuales él quería satisfacer, y de los que tenía un dolor más vivo, dice el doctor angélico, (1) que el hombre más arrepentido. Este dolor era muy vivo, sea á causa de su objeto, á saber: los pecados del género humano, que era, ciertamente, el objeto más capaz de inspirar el arrepentimiento más grande y más vehemente, sea porque la sabiduría y el amor, que son ciertamente las causas más propias para excitar

1 Quœstio. cit., art. IV, ad. 4.

el arrepentimiento más amargo, estaban en Jesu-Cristo en un grado infinitamente sobre todo cuanto pueden reunir todas las criaturas juntas. El consideraba, además, los males de los hombres, á quienes amaba soberanamente, y de los que por consiguiente tenía una compasión extrema; y no solamente se afligía por todos los hombres en general, sino que tenía piedad de cada uno en particular. Veía todos los pecados, (1) y sufría tantos dolores como hombres había, cuantos pecados y suplicios preparados á cada uno de ellos: dolores que tomaban su origen en las entrañas de su misericordia y de su bondad infinita; mas, como los pecados de los hombres y los castigos que merecían eran casi sin número, sus dolores han sido también sin número y sin medida. El aceptó todos estos dolores y la muerte, porque quería librar á los hombres de sus pecados y de todos los castigos que habían merecido.

No solamente tenía compasión de los hombres, sino que tenía también compasión de sí mismo, porque conociendo, por una parte, que su vida era infinitamente preciosa, la amaba infinitamente; y por otra, sabiendo que había venido él para perderla, y perderla por una muerte violenta é ignominiosa, le era imposible el no sentir por esto un vivo dolor; porque, como dice Aristóteles, á quien cita Santo Tomás á propósito de esto, aun cuando el hombre virtuoso exponga voluntariamente su vida por el bien público, la estima sin embargo y la quiere tanto más cuanto sabe que es de mayor precio. (2) Por eso Nuestro Señor dice por Jere-

1 B. Angela. Folig. CLXI.
2 Aristot. lib. 3. Ethic. cap. IX.—Sn. Thom., loco citado.

mías: *Yo he abandonado mi alma, mi vida, que me era tan querida, á la crueldad de sus enemigos.* (1) Además, Nuestro Señor resentía en su alma vivos disgustos de todas las afrentas que le hacían, porque mientras una persona es más noble é ilustre, más siente el desprecio y las ignominias. Un rey que comprende su dignidad, sentirá ciertamente más pena que un simple aldeano; ¿cuál no habrá sido, por tanto, la pena de este noble Hijo de Dios, de este Rey de reyes, en medio de tanta confusión y oprobios?

En fin, esta alma divina ha sentido vivos dolores en su memoria, recordando todos los males que le habían hecho; en su entendimiento, previendo cuán poco imitarían sus virtudes los hombres, y cuán poco provecho sacarían de sus trabajos; en su voluntad, por los abandonos interiores, las desolaciones extremas, las tristezas y los disgustos inexplicables, las agonías mortales, que ocasionaron aquel sudor de sangre, tan abundante, que bañó la tierra en donde hacía oracion.

III. Lo que ha contribuido también á aumentar considerablemente los dolores de Nuestro Señor, fué su duracion, puesto que comenzaron en el momento de su concepcion y no acabaron sino hasta su muerte. Desde el momento en que su alma santísima fué criada y unida al cuerpo y á la divinidad, estuvo dotado de una sabiduría infinita, que le hizo ver muy claramente, y en particular, todos los tormentos reservados á su cuerpo y á su alma. Vió y sintió desde entonces, en cierto modo, los golpes de martillos que iban á desgarrarlo, el dolor de piés y manos por los clavos que iban á atravesarlos, el de cabeza por las espinas que iban á enterrarle; toda la sangre que iba á derramar, los ultrajes y las infamias de que iba á ser agobiado; cuáles serían sus verdugos, el tiempo en que debía sufrir, el género de sufrimientos que le estaban destinados, su tamaño, y desde el primer momento de su concepción él abrazó en espíritu esos clavos, esas espinas, esos azotes y todos esos m les, repitiendo las palabras que David había puesto en su boca: *Yo estoy preparado para sufrir todos los dolores y á morir;* mi pasión se presenta día y noche á mi pensamiento. (1) Aristóteles cuenta que un hombre de la Grecia tenía contínuamente su imagen presente ante los ojos; (2) del mismo modo Nuestro Señor, por el conocimiento perfecto que tenía de todo, desde el momento de su concepción, veía sin cesar todos los tormentos que debía sufrir: se veía vendido, traicionado, abofeteado, coronado de espinas, atado á una columna, desgarrado por una granizada de azotes, puesto en paralelo con un asesino que le es preferido, clavado en un patíbulo, rindiendo el último suspiro en medio de un abismo de males. El tenía contínuamente estos tristes objetos á sus ojos, y esta vista le atravesaba el corazón, y llenaba su alma de aprehensiones mortales. No hay que admirar, después de esto, que jamás haya reído, como lo cuenta la tradición, puesto que estaba sin cesar poseído por estos lúgubres objetos.

1 Dedi dilectam animam meam in manibus inimicorum ejus. Jerem. XII, 7.

1 Ego in flagelâ paratus sum, et dolor meus in conspectu meo semper. Ps., XXXVII. 18.

2 Apud cardan. lib. XIII, de variet, cap. XLIII.

IV. La delicadeza de su complexión, mayor que la de los demás hombres, le hacía también todos estos dolores extremadamente penosos y sensibles; añadid á esto la perfección de su imaginación que comprendía muy vivamente todos los objetos, y se los representaba sin ninguna especie de alivio. Los que sufren, esperimentan ordinariamente algún alivio en sus penas; los mártires, en medio de sus tormentos, caían frecuentemente en éxtasis; estaban revestidos de un espíriru de fuerza y de amor, que colmaba sus almas de consolaciones tan sensibles, que andando sobre carbones encendidos, creían pisar rosas, y en medio de las llamas se sentían refrescados de un dulce roeío. Mas Nuestro Señor bebió la amargura de su cáliz hasta las heces, sin alivio alguno, y fué entregado al rigor de todos sus males de tal manera, que estando sobre la cruz, la fuerza de sus angustias le arrancó estas palabras dolorosas: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?* (1) De manera que si nos presentaran todos los mártires, San Pedro con su cruz, San Pablo con su espada, San Esteban con sus piedras, San Ignacio con sus leones, San Lorenzo con su parrilla, Santa Catarina con su rueda de navajas, todos los demás con todos los instrumentos de sus suplicios, y en general todos los hombres que han sufrido desde el principio del mundo, y que, por otra parte, Jesu-Cristo se mostrara á nosotros con todos los intrumentos de su pasión, todos sus dolores, todas sus angustias, tanto interiores como exteriores, bien

1 Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquiste me? Math. XXVIII, 48.

pronto juzgaríamos que él es el martir de los mártires, el rey de aquellos que sufren; que sus males exceden todo cuanto han sufrido los hombres sobre la tierra, y que con justa razón el profeta lo llama *varón de dolores*. Ahora bien, si el dolor que un hombre sufre por otro hombre es una razón suficiente para merecer su amor; si el más pequeño de los dolores que Nuestro Señor ha sufrido por nosotros es de un precio mucho mayor, y debe conmovernos más sensiblemente que si todos los ángeles y los hombres hubieran muerto y se hubieran anonadado por nosotros; puesto que sus dolores han excedido todo cuanto el espíritu humano puede concebir ¿no debemos concluir de esto que nos ha dado él las pruebas de un amor infinito, y que debemos corresponder á este amor por todos los medios que el amor pueda sugerirnos?

V. La segunda circunstancia qué debe todavía movernos más, es el amor extremo con el cual ha sufrido; lo que ha mostrado evidentemente de muchas maneras:

1.° En la elección de los sufrimientos: *Pudiendo permanecer en el seno del gozo, dice San Pablo, él prefirió la cruz*, (1) lo cual quiere decir, según la interpretación de San Crisóstomo, de Theofilato y de todos los Padres latinos, que el Hijo de Dios, pudiendo permanecer en el cielo, en el seno de su gloria, infinitamente alejado de todas nuestras miserias, ha preferido mejor, por amor á nosotros, bajar á la tierra, hacerse hombre y ser crucificado. Además, desde que Jesu-Crista se hizo hombre y se unió su divinidad á nuestra humani-

1 Proposito gandìo, sustinuit crucem. Hebr. XII, 2.

dad, podía comunicar á su cuerpo sagrado el mismo gozo, la misma inmortalidad, la misma bienaventuranza de que goza ahora; todo esto le era debido naturalmente; él se privó de ello por un tiempo, y permitió que ese cuerpo sufriera toda suerte de dolores y la muerte misma. Ruperto añade que el Padre eterno propuso á su Hijo, en el momento de su Encarnación, la elección de salvar al mundo por los placeres ó las aflicciones, los honores ó las infamias, las riquezas ó la pobreza, la vida ó la muerte: de suerte que si él hubiera querido, hubiera podido, en medio de los goces y delicias, glorioso y triunfante, rescatar á los hombres y conducirlos con él al cielo; pero él escogió más bien los trabajos y la cruz para dar más gloria á Dios su Padre, y dar á los hombres el testimonio de un amor más grande.

2.° El ha mostrado este amor, en que habiendo escogido los males, podía contentarse con el menor de los dolores: una gotita de sangre suya, siendo de un precio infinito, á causa de la dignidad de su persona, hubiera bastado para lavar al género humano y pagar todas nuestras deudas; pero él ha querido satisfacer de una manera sobreabundante, como dice David. (1) Para descubrirnos la profundidad de su amor, él ha dado su sangre hasta la última gota; ha querido que tantas espinas atravesaran su cabeza, que los clavos desgarraran su carne virginal, que sus espaldas fueran destrozadas por tantos azotes, y que su cuerpo y su alma fueran la presa de una infinidad de dolores.

1 Quia apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio. Ps. CXXIX, 7.

3.° El deseó todos estos tormentos con un ardor increíble, y esperó con una santa impaciencia la hora en que debía verse este *hombre de dolores*, que Isaías había anunciado. Jamás avaro alguno deseó con tanto ardor las riquezas, un ambicioso los honores, un sensual los manjares más exquisitos, como Nuestro Señor deseó su pasión y muerte. *Fuego he traído á la tierra*, dijo él un día á sus discípulos, estrechado por el ardor de sus deseos, *nada deseo tanto como verme en medio de las flamas*, y que este fuego me devore; *yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre: y ¡cuánto lo deseo hasta que se cumpla en mí!* (1) ¡Qué tarde se me hace el ver llegar el día en el que seré entregado á los verdugos, llevado bruscamente por las calles de Jerusalem, cubierto de oprobios, desgarrado por azotes, coronado de espinas, clavado en un patíbulo, tomando en mi sed hiel y vinagre, abismado en un océano de amarguras! Y sabiendo el designio que Judas tenía de traicionarle y de abandonarle á la rabia de los judíos, le dice: *Has pronto lo que has resuelto hacer.* (2) Prosigue, yo no pongó obstáculo alguno á ello; muy lejos de eso, yo tengo un deseo de ser vendido más grande que el tuyo de venderme; más tarde se me hace á mí el verme entre las manos de mis enemigos, que á tí el entregarme; yo deseo más ardientemente dar el precio de la redención de los hombres, que tú recibir el de tu perfidia. Para mostrar el ardor de su deseo, él hablaba frecuentemente de su pa-

1 Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut acendatur? Baptismo habeo baptisari, et quomodò coarctor usquè dùm perficiatur. Luc., XII, 49.—Maldon., ibid.
2 Quod facio fac citiiu. Joan. XIII, 27.

sión; se complacía en hablar de ella con sus discípulos; llegó hasta á reprender severamente á San Pedro un día que trataba de apartarlo de ella: *Retírate de mí Satanás*, le dijo, *me eres un motivo de escándalo;* tus discursos son contrarios á mis deseos y á los designios de mi Padre. (1) En sus mismas alégrias gustaba traer el recuerdo do su pasión; no las encontraba dulces sino en tanto que estaban mojadas en la hiel. El día de su transfiguración, hablaba con Moisés y Elías de lo que había de sucederle en Jerusalem, de los dolores excesivos que debía sufrir para mostrarsu amor. (2)

4.° Cuando ya no se trató de desear solamente los tormentos, sino que llegó la hora de sufrirlos realmente. se manifestó á sus discípulos, y les declaró con una grande alegría el cumplimiento de sus deseos. Sería difícil, sin duda, el pintar con qué amor y con qué alegría una madre abraza y estrecha en sus brazos á su hijo único, que vuelve sano y salvo de una batalla, cuando lo creía muerto; pero ¿cómo pintar el que experimentó Nuestro Señor al abrazar su cruz y viendo los tormentos que iba á sufrir por nuestra salvación? Los deseaba ya hacía treinta y tres años, con todo el ardor de su corazón: ¿cómo figurarse los transportes de alegría que sentía viendo cumplidos sus deseos? Por esto, contra su costumbre, hizo una entrada triunfante en la ciudad de Jerusalem, en donde sabía que los judíos debían

1 Vade post me, Satanas, scandalum factus es mihi. Matth., XVI. 23.

2 Dicebant excessum ejus, quem complecturus erat in Jerusalem. Is., IX, 31.

prenderlo y condenarlo á muerte. En la cena que hizo con sus apóstoles, antes de su pasión, les dijo que tenía un deseo extremo de comer esta pascua con ellos por la última vez. Cuando fué terminada, los evangelistas dicen que salió de la sala para ir al jardín de los Olivos, *después de haber rezado el hymno*; (1) es decir, como lo interpretan muchos doctores, (2) antes de salir, cantó como el cisne divino, con una voz dulce y melodiosa, un bello hymno, tanto para terminar la cena del cordero pascual, según la costumbre de los judíos, como para demostrar la alegría que experimentaba en dirigirse hacia el lugar en el cual iba á ser entregado. Después de esto se levantó diciendo: *A fin de que el mundo sepa que yo amo á mi Padre y que hago lo que él me ha mandado, levantaos, salgamos de aquí*; (3) lo que hizo con un rostro radiante de alegría. Así el profeta había dicho de él: *Ha sido ofrecido en sacrificio*, no por fuerza sino por su completo gusto, y *porque él lo ha querido*. (4) Habiendo llegado al lugar; de su sacrificio, se puso en oración, y, conociendo que sus enemigos se acercaban, se levantó, fué ante ellos, les declaró quién era él. Derribados con estas palabras, les hubiera reducido á la impotencia de hacerle mal, si él lo hubiera querido; pero les permitió levantarse, que lo aprendieran, lo ataran, lo condujeran en este estado á los jueces, sin hacer resistencia alguna; al contrario, se opuso á

1 Hymno dicto. Matth., XXVI, 30.

2 Palaciod, in Matth.—Petr. Mont C. de Pass.—Barrad. etc.

3 Ut conoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi pater, sic facio, surgite, ea mushinc. Joan., XIV, 31.

4 Oblatus est quia ipse voluit. Is., LIII, 7.

aquellos de los suyos que querían hacerla, y por una bondad y una dulzura incomparables, curó la oreja de un criado del Sumo Saderdote, á quien San Pedro se la había cortado para defenderlo.

En fin, él llama en los Cánticos, según la interpretación de San Ambrosio y de muchos otros, (1) al día de su pasión, el día de sus bodas y de su alegría, para mostrar que este día le era tan agradable como lo es á los hombres el de sus nupcias, ó aquel en que les sucede alguna gran felicidad. Estando sobre la cruz, no quiso aligerar ó abreviar sus dolores; no bebió sino vino mezclado con hiel y vinagre, que acostumbraban dar á los pacientes, para hacerles perder, en cierto modo, la sensación de sus males, y anticipar su muerte; él lo probó, lo que bastó para sentir la amargura, mas no el que lo hubiera aletargado y entorpecido el sentir los dolores. Muy al contrario de abreviar sus dolores, deseaba prolongarlos y sufrirlos mil veces más: por esto dijo: *Tengo sed.* (2) Y ¿qué puede, Señor, excitar en vos esa sed? ¿Hay acaso apariencia de que siendo vos quien sois, y queriendo darnos ejemplo de una paciencia perfecta, al punto de morir pensárais en refrescar vuestro cuerpo con algún licor? ¡Ah! vuestra alma santa está sedienta más bien del deseo de sufrir nuevos tormentos por nuestra felicidad. "Esta sed, dice San Lorenzo Justiniano, venía del ardor de su ternura, de la fuerza de su amor, de la abundancia de su caridad; tenía sed de nosotros, de darse á nosotros y de sufrir por nosotros. (3)

1 Cant. III. 11. apud. Ghislerium, ibi.
2 Sitio. Joan., XIX, 28.
3 Sitis haec de ardore dilectionis, de amoris fonte, de latitudine nascitur caritatis. Sitiebat nos, et dare se nobis desiderabat. S. Laur. Just. lib. de Agone, cap. XIX.

SECCION TERCERA.

Cuánto deben estos sufrimientos llevarnos á amar á Jesucristo.

I. Fuerza de este motivo.—II. Nada podemos desear de mas.—III. Cuánto se han conmovido los santos por él.—IV Revoluciones.

I. La excelencia de la persona divina, nuestra profunda miseria, el rigor y la multitud de los tormentos, el amor inmenso con el cual Jesu-Cristo los ha sufrido, todo nos obliga poderosamente, ó por decir mejor, nos estrecha á amarlo con todo nuestro corazón. San Bernardo hace un bellísimo discurso sobre esta materia. La consideración seria, dice él, del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, de todo cuanto ha hecho durante su vida, y particularmente de lo que ha sufrido después de su muerte, es un motivo infinitamente poderoso para encender en todos los corazones el amor más ardiente por este divino Salvador; "porque Dios viendo que el amor de los hombres dependía mucho de la carne y de los sentidos, les ha mostrado una dulzura tan grande, y los ha colmado de tantas caricias en la carne que él tomó por ellos, que se necesitaría tener un corazón